

Prof. JOEL OTERO
 Universidad del Valle
 Psicólogo - Psicoanalista

TRANSFERENCIA Y PLUSVALIA

I PARTE

FREUD Y EL TRABAJO

Por qué Freud, en cambio de una propuesta lingüística, tan indiscutible hoy para el psicoanálisis contemporáneo, no arriesgó una alternativa laboral?

Freud era anticulturalista, se dirá. Proponer el trabajo presupone un optimismo futurista y una fé en la acción del hombre, de la cual, nuestro autor carecería.

No pienso así. Freud creía tanto en la cultura como cualquier otro. Sólo que se encontró con la necesidad de desentrañarla más allá del ejercicio de su pura condición de evidencia. Y buscándole el núcleo verdadero descifró el simulacro. El ser humano, como Moisés, había torcido el orden natural. La Cultura era una transgresión y, por ende, se consolidaba sobre una culpa fundamental. Por eso, el fondo mismo de toda cultura es idea, pero el origen perdido fué una acción. Acción transgresora, hemos dicho. Sólo la palabra, a partir de ahí, redime. Y el modelo está necesariamente torcido. Prima un malestar. El malestar en la cultura.

1. Nunca lo es. Así sea natural. Pero, sin el desdoble cultural, no se evidenciaría el orden que le subtiende; y, por supuesto, el caos también.

El autor toma la transferencia como legado freudiano. Además de formular la transferencia misma del paciente como regalo, establece una relación entre ésta y la plusvalía. Para ello resalta tanto el papel adjudicado por Freud al trabajo como resultante de la represión de la femineidad tras el asesinato del padre, como la transgresión de "La ley de equivalentes que rige el intercambio entre humanos". Tal transgresión funda ambos conceptos.

La acción impondría la continuidad; el prolongamiento de un orden. La cultura está hecha de ella. Pero el acto no es simple.¹ Es, ya, significativo. Presupone, además, para ser acción pro-cultura, el recurso de la sublimación: la alteridad de la tendencia pulsional la cual no aspira, como tal, a la ejecutoria cultural. La cultura, por el contrario, está hecha de esa represión. Renunciando al destino instintual, el humano progresa del lado de la construcción cultural que más parece ahora una verdadera Babel, de tanto como ha sido violentado el fundamento natural.

El resultado es un extraño ser. Al menos desde el sesgo a partir del cual interesa a Freud. Un ser que ha ganado en saber. Sobre todo en saber de la muer-

te. Y un ser que aspira a la radical modificación de la obediencia sexual. El hombre inventa el goce, a partir del momento en que rompe con el soporte de los ciclos naturales. La continuidad de su accionar, en cuanto hace al sexo, le dará la nueva ordenación de cuyas consecuencias aún no tenemos clara conciencia.

Más qué? Acaso lo consigue? Si y no. Aquí debe decirse que, hasta Freud, quién así lo descifra, la cultura fué siempre asunto de los hombres. O si se prefiere, de la sublimación de sus pulsiones irrealizadas (sobre todo homosexuales). Siempre se aceptó demasiado rápidamente este argumento que, si bien se ve, resulta un verdadero círculo vicioso, pues presupone que la cultura preexiste a la cultura: la represión sexual es causa y efecto de cultura. Para que exista cultura se impone la represión, pero la represión presupone la existencia de la cultura. El asesinato del padre, si bien no explica este asunto, al menos permite elevarlo o desplazarlo al registro mítico, donde la cultura se soporta inexplicablemente. Inevitablemente. Pues, desde entonces, ya nada libra del círculo vicioso.

Veamos: El hacer, fué de entrada, hacer transgresor. El primer acto de la especie humana fué c ontra el padre-tirano. Fué un asesinato. Y a partir de entonces, todo accionar fué inevitablemente mediatizado, primero por la culpa y luego por la sublimación.²

Hemos dicho también: La cultura fué siempre, hasta Freud, un asunto de los hombres. Fueron los hombres los asesinos del padre. Y, a partir de ahí, el nuevo orden fraterno, la nueva hermandad humana, será la alianza para remontar el asesinato de una parte y la femineidad de otra.

La primera condición parece clara e indiscutible. La segunda resulta misteriosa y, en primera instancia, nada evidente.

Por qué el asesinato del padre impone a los hombres la represión de la femineidad? Pienso que sin la mediación de la mujer, el asunto resultaría insoluble. Pero el psicoanálisis, ésto tampoco lo explica. Simplemente lo da como un hecho constituido.

Pensémoslo un poco más, antes de desarrollar esta alternativa:

No es extraño, que si la acción fundamental, el asesinato del padre, generó la primera experiencia humana, la culpa, se reprimiera la femineidad - que para entonces debía ser la consecuencia del sometimiento al imperio del Proto-padre- en cambio de reducir la agresión masculina, asesina y triunfal?

La nueva cofradía, sin renunciar a las consecuencias de su acción empezó, de entrada, a soportarlas. La culpa no fué, sin embargo, la única respuesta. Si bien estaba ahí como una presencia molesta lo cierto era también que la posibilidad de un mundo nuevo de libertad estaba abierto a las alternativas de su ejercicio.

2. De donde nada escapa a la condición religiosa cuando de la cultura se trata. Todo accionar, en sí, ha de estar

La culpa no debía ilustrarse en la integración de los hermanos. La culpa estaba encarnada en las mujeres que restaban. Aliadas del padre, como que disfrutaban sus favores -sin ser por ello menos esclavas suyas- no debieron acceder sin más a la nueva propuesta.

Mas qué? Cómo demostrar ésto que cada vez se parece más a una extrema especulación? Creo que el cuerpo de la mujer lo convalida.

En efecto, el cuerpo del macho rompió con el modelo de los ciclos. La conquista de un placer sin freno ni inhibiciones, evidencia que, de entrada, la liberación significó la posesión irrestricta de las mujeres liberadas del lado de esta nueva tiranía. La sexualidad, hasta entonces excluida, se desbocó en una violación sin freno, que las mujeres de seguro nunca perdonan plenamente. El incesto, tiene más repliegues, sin duda, que el parricidio.

Cómo se hizo transgresor el incesto?

Sin la alianza de las mujeres no parece ésto explicable.

Si bien la mujer no apareció incorporada en el proyecto de creación del nuevo mundo, resultaba indispensable en un doble sentido: para la satisfacción de la demanda sexual y para la reproducción de la especie. Ese era su poder. Y su cuerpo así lo evidencia.³

La mujer no renunció a la condición cíclica, aunque soportó el desborde del masculino placer. Sobre ésto volveré más adelante, pues resulta nodular. Solo que antes se atraviesan singulares cuestiones que es indispensable develar, antes de desembocar allí.

En efecto, por qué no derivó la nueva alianza hacia el recurso homosexual?

Sin duda estaba presente, desde que se convirtió en motor de la solución encontrada finalmente. Su represión se dió a cambio del acuerdo ente sexos.

entre la violencia y la mística. Así existen múltiples matices que atenúen este destino irremontable.

Es evidente que la verdad de la reproducción salió al paso: la posibilidad de la extinción era el precio de renunciar a su exigencia. Más, qué hizo indispensable la trascendencia? Esta verdad, sin duda, es uno de los enigmas que el cuerpo de la mujer hace visible así, no por ello, el asunto se explique. De algún modo, la mujer logró imponer esta condición. Este eslabón resulta indispensable si se aspira a seguir adelante. Una opción sería reconocer recorrido al fantasma y abogar por el argumento de la paternidad. De hecho, desaparecido el padre había que suplantarle en todos los niveles. La paternidad, causa de su propia existencia, daba el poder de su ejercicio. Mas por competencia con el excluido que por reconocimiento moral de un nuevo destino, de una nueva justicia.

Los hombres, si es cierto que se decidieron por el recurso homosexual masivo, debieron descubrir en ello un doble impedimento: no estaban dotados para la maternidad, primero. Segundo: su participación era de todos modos indispensable para el ejercicio de la maternidad en la mujer.

Retomar esta vía, introdujo la culpa como esencial. Y sepultó la homosexualidad como la acción heredera del acto transgresor. Que lo digan los homosexuales que se han psicoanalizado, si no es este el fantasma que más les constituye y les hace padecer. Que los digan los normales que repudian la homosexualidad sin saber bien por qué.

Pero siendo la homosexualidad destino realizado, parecería irremontable de no hallarle exhortorio: el trabajo fué, a partir de entonces, la alternativa sublimatoria. Esta es la vía que Freud descubre en el núcleo de toda cultura y por ello la opción liberadora no puede ser esa; agotada, de entrada, en tanto que condición estructural: si el trabajo resulta esencial para crear cultura, difícilmente el trabajo resolvería los problemas que la cultura crea.

3. También la histeria lo evidencia así, pero baste apenas con esa más visible primera demostración.

Freud propone, en cambio, la palabra y el silencio. Propone la interpretación y propone la transferencia. Aunque sería mejor decir, encuentra la transferencia. Ya veremos cómo la transferencia, después de la muerte de Freud se tiene que pensar como regalo. Por lo pronto, retomemos la condición cíclica de la sexualidad femenina.

Dos problemas nos interesa plantear aquí en este boceto que, antes que soluciones, se impone como lluvia de inquietudes:

1. La aspiración natural de la mujer, mejor decir, de la femineidad.
2. La extraña condescendencia contemporánea de la mujer a renunciar a sus poderes y a intervenir en el ejercicio activo del hacer cultura.

Empecemos por el segundo: la liberación, simplemente, allí no es femenina, Es liberación masculina -reprimida de entrada a la mujer, desde que se le impuso como única dominación del ejercicio de la maternidad, activa a su vez, masculina por ende, como lo dijera, de entrada, Freud. La liberación femenina sería, si se es coherente, del hombre, quien, desde entonces, renunció a su ejercicio. La mujer siempre quiso participar de la génesis cultural y de su implementación. Pero su compromiso era del registro de lo natural, desde que primara en su obligación, la maternidad. Es más la renuncia a este destino que una real asunción de la obligación nueva cuanto se sintomatiza, a mi modo de ver, en esta moderna posición suya. Y además, la confusión creciente de una sexualidad que, tardíamente, aspira a renunciar a la lógica de los ciclos. La sexualidad sin maternidad al fondo -decía Freud y se le pensó por ello reaccionario y burgués- enloquece la lógica de la sexualidad de acento femenino. Libera sí la masculinidad (a la mujer) y la coloca

en la indefensión de un goce que, sin duda, puede liberar pero que no acierta a detener en las consecuencias que impone su apertura.

Más fácil -y con ello pasamos al segundo punto- reconocer que, a pesar de toda esa refriega, la Naturaleza sigue asomando en el fondo de esta constante cíclica que es el cuerpo de la mujer. Es este el trabajo al cual Freud le dió todo su reconocimiento y sería un excelente punto de partida para hacer psicoanálisis femenino sin trasfondos homosexuales inevitables. Psicoanálisis realizado por mujeres.

II PARTE

TRANSFERENCIA Y REGALO

La obra de Freud carece de bibliografía. Excepcionalmente, en efecto, Freud cita y, mucho menos, rinde tributo final en sus libros al listado de autores a los cuales adeuda. Sabido es que, en los momentos esenciales, cuando se asfixia a causa de la carencia de conceptos-soportes, Freud se empantana. Únicamente al regresar muy lejos -Platón, los presocráticos resulta la deuda pertinente y enriquecedora.

Sin embargo, más allá de estos argumentos gastados, existen razones tanto más determinantes para esto. No sólo la evidencia del conquistador que aprende un mundo nunca antes recorrido; también la condición artística inabandonable -a pesar del rigor científico- que le acompañó siempre y rigió sus mejores desarrollos, aún los más supuestamente delirantes. Nunca la obra de arte cita sus deudas. Jamás se encontrará al lado de una novela, un poema, un cuadro o una composición musical la larga lista de antecesores de los cuales la resultante pende.⁴ Incluso a menudo falta la firma responsable, como en el caso de la Arquitectura. Doble excepción que se burla de toda

posible demarcación distributiva lo cual pareciera dar razón de entrada de las profundas diferencias y de las complejas interrelaciones que unen y separan a la Ciencia del Arte.

Pues es mucho más fácil reconocer la ausencia del sujeto responsable cuando de la teoría científica se trata. Importa menos la autoría entonces. Incluso, casi siempre, interfiere.

A MEDIO SIGLO DE LA MUERTE DE FREUD

Todo esto para decir que no es tan sencillo "celebrar", sin más, el aniversario de la muerte de Freud. No sólo porque no falte la mente suspicaz que viese en ello el irónico sesgo parricida anunciándose tras las bambalinas, lo cual vendría apenas a dar razón a la celebración, puesto que la circularidad en juego demostraría su necesidad y pertinencia, incluso a nivel del sentido. Es que, en realidad, la muerte de Freud no es una muerte cualquiera. No es, sencillamente, una muerte. Al menos, no del todo. O si se prefiere, para no ver en ello romántica adherencia, la muerte de Freud, devela nuevos registros de la muerte. O sea, de lo Real.

Como ciertas "sombras luminosas" de los claroscuros de Da Vinci, esta muerte revive e ilumina nuestros recorridos sin jugar aquí, a los bucles del olvido.⁵ Freud, con su muerte, nos dá a luz desde que, mal que bien continuamos por su ruta.

La muerte de Freud es un regalo. Un excedente inesperado del cual debemos hoy sin agotarlo. Por ello, más que de su muerte quiero hablar del Regalo y para hacer honor al concepto nodular de la clínica psicoanalítica, quiero hablar, más concretamente, del regalo de Amor: La Transferencia.

4. Incluso cuando el artista se pregunta expresamente por tales eslabones, se engolosina auscultando indefenso la razón indiscutible de una continuidad no intencional. Picaso, por ejemplo, se admiraba de cómo cada genial pintor,

por su cuenta, sin acuerdo previo, anexaba un eslabón a la cadena, unitaria y coherente, a pesar de los cortes. La suma de los aportes individuales no resulta suficiente para explicar la conformidad del proceso y la unidad universa-

lizante del campo progresivamente develado que hace posible hablar de la Pintura.

“VEINTE VARAS DE LIENZO IGUAL UNA CHAQUETA”

A mi modo de ver, la relación psicoanalítica -no el Acto Psicoanalítico del cual, como es sabido, existe un enjundioso tratado de Lacan- transgrede la ley de equivalentes que rige el intercambio entre humanos. Asunto que, al menos, en el sistema capitalista de producción denunció Marx como inviolablemente infringido. Esa es la fuente principal de la cual emerge el concepto de Plusvalía. El denominado Contrato Social, así fuere un mito siempre violentado, supone el intercambio de equivalencias como condición fundante de toda justicia social. Su trasgresión da, en cambio, la verdad: verdad de explotación, verdad de violencia, verdad, en fin, de la relación Amo-Esclavo.

A la Plusvalía -antes que el plus del Goce que propone Lacan que es, en cambio, la transgresión de toda producción entendida como trampa insuperable de la ley de equivalentes; Baudrillard prefiere apelarle la Seducción en tanto que puro gasto inútil -preferiría contraponer sin más, La Transferencia, cuando del Psicoanálisis se trata. O como, en otras palabras, la Plusvalía es al Marxismo, lo que al psicoanálisis, la Transferencia.

El desequilibrio en la relación psicoanalítica genera la transferencia. Relación donde el otro lo da todo a cambio de nada. Incluso, más allá de dar el secreto -el regalo- paga por ello. Y para compensar este desajuste evidente, da al terapeuta el supuesto saber, que si no es supuesto poder es precisamente porque el analista no debe naufragar en la trampa del Amo. Esta negativa a ser el Amo -antes que el registro del a, como quisiera Lacan, y en lo cual sin duda lleva razón, sólo que ello presupone la cancelación de la relación analítica; únicamente al final del análisis el terapeuta ocupa el lugar del resto, del despojo- impone el espejismo de la transferencia, que es una suerte de plusvalía puesta al revés y por fuera de

toda explotación, como no fuere la explotación del sentido.

Yo quiero apenas -antes que diluir esta reflexión en difíciles contraposiciones conceptuales- demostrar aquí, con ilustraciones clínicas, cómo la transferencia es siempre del registro del regalo. Regalo que no espera intercambio pues todo intercambio resulta transformado, a partir de ahí, en deuda.

CASO 1

Se trata de un paciente que ejecuta tímidos ensayos para salir de la adolescencia. Ha perdido a su compañera después de raptarla a su propio esposo y a partir de entonces, se interroga sobre los trasfondos homosexuales, cada vez más evidentes, que salpican su pasado. Recientemente ha llegado con el siguiente ofrecimiento: desea cancelar una consulta más. Sólo que esta

tercera cita semanal consistirá en llevarme un escrito y abandonar luego el consultorio. Va, entonces, a pagar su cita sin asistir a ella. A cambio, entregará un escrito suyo que al parecer obedece, sin más, al estilo epistolar: “Querido X: Disculpe usted mi atrevimiento.... etc, etc.”

CASO 2

Una persona muy cercana ha ido a consulta con la siguiente propuesta: necesita de mí para hablar de un asunto que a nadie más estaría dispuesto a confesar. La feliz coincidencia de tener amigos comunes y ser psicólogo de

exigen, desde Freud, ser desatados en armazones nuevas. Restan, a partir de allí, los bucles del Olvido.

profesión le permite esta excepcional determinación, etc., etc.

Al final, después de muchos cortes dramáticos, de desplomes laborales y afectivos que son verdaderas catástrofes, ha acumulado una deuda muy grande que tendrá dificultad para pagar; pero reconoce haber resuelto definitivamente el problema de marras, supuestamente irremontable.

CASO 3

La señora S. ha cancelado parte de sus consultas con un cheque a su nombre que suscribe con su firma de soltera. El cheque está a su nombre pero lleva el apellido de su esposo. Tampoco ha colocado su cédula al respaldo del mismo. Cuenta entonces un sueño: Una compañera de trabajo se ha casado con su problemático amante. Es más, espera un hijo.

H., amiga común, ha dejado unas galletas como obsequio y nuestra soñante envidia ese detalle que ella olvidó adelantar a la primera. Recuerda haber deseado llevarme un pan de regalo pero temió que fuera explícito el mensaje (aquí hay un juego significativo con su apellido, lamentablemente intranscribible). La noche anterior ha estado leyendo “Introducción al Psicoanálisis” de Freud y el tema de la transferencia le ha llamado poderosamente la atención. Se ha concentrado pues en ese preciso asunto hasta dormirse y es entonces cuando ha sobrevenido el sueño. El cheque, con su apellido tan significativo, es la donación que ella me hace para que lo dis-

5. En realidad el Olvido no hace bucles. Tan sólo la Memoria, aunque sus nudos, donde arma sus tejidos

frute sin interferencias. En realidad las tres mujeres de su sueño son variantes tuyas, condición indispensable para expresar el ingreso en la transferencia confundido con demanda de un hijo, al terapeuta. Anteriormente en una situación similar otro analista, al reconocer ella ante él el incómodo estado transferencial, le ha dicho inexplicablemente: "gracias"; ella teme que idéntica presunción, acompañe ahora mi reacción.

CASO 4

Finalmente, una estudiante a la cual supervisó prácticas ha llevado el caso de un paciente, quien cobra a las mujeres que se le atraviesan la imposibilidad de renacer más allá del deseo hostil que le funda. Sin embargo, a su terapeuta le obsequia con un cofre. Es la primera vez que se atreve a dar algo antes que a exigirlo. La estudiante duda y se culpabiliza por haber recibido el obsequio contra el supuesto freudiano. Sin embargo, el temor de echarlo todo a perder la decide a aceptarlo.

* * * * *

En realidad no resulta muy claro el sentido por el cual no deben ser recibidos los regalos en análisis, ni cómo deben ser rechazados. Pues lo único cierto es que independientemente de lo uno o lo otro, cuanto interesa es la condición significante en juego y el sentido que la interpretación debe entonces capturar.

Lo cierto es que el regalo viene siempre de lo Real y provoca reacciones contra-transferenciales similares a las que acarrea la transferencia masiva de los psicóticos. La incapacidad de responder adecuadamente entonces es casi siempre problema del terapeuta antes que transgresión del encuadre, definido de entrada.

6. Sin duda Freud plantea la inversa, cuando señala que la mujer aspira siempre al regalo del pene; o sea, aspira a lo imposible; a aquéllo que precisamente el terapeuta nunca podrá darle. Por ello no sólo demuestra que la condición de obsequio está rigiendo, también ahí, la dialéctica transferencial, sino que evidencia con mayor radicalismo la certeza de fondo de quien sabe de entrada que el

Vía de ingreso en la transferencia, delata siempre la certeza de que el terapeuta carece de un equivalente para ofrecer a cambio. Al tiempo que lo premia, lo refuta.⁶

Como fuese, resultará siempre ingenuo adelantarse a rechazar donaciones, a no aceptarlas o a recibirlas a pesar de todo. Pues, siendo la transferencia regalo inevitable, poco más o menos, implica la forma como se enfrenta, cuando se expresa empíricamente.

La verdad es que siempre la condición de no equivalencia se explícita con ese excedente paradójico, como lo denunciara alguna vez mi paciente paranoico quien sin matiz alguno señaló directamente: "Son ustedes unos monstruos que viven a costa del sufrimiento humano".

LA EXPLOTACION DEL SENTIDO

El primer caso -obsequio de un escrito con remuneración adicional- permitió la siguiente consecuencia: cuando el paciente me indagó directamente sobre mi opinión al respecto, seguro de que mi avaricia tragaría el señuelo, recibió la siguiente formulación: "Se trata de una fantasía, sin duda".⁷ Efectivamente, después de ésto el paciente denunció su impedimento real para cancelar las consultas de las semanas siguientes. Trabajaba en un colegio que había terminado labores y durante los tres meses de vacaciones no volverían a reconocerle un sólo centavo. Ajeno a la cruda realidad consideró en cambio que podría darse lujos y conseguir mi atención multiplicadamente. Como si fuera en sueños, me habló entonces y mi intervención le despertó bruscamente. Después confesó que al salir esa tarde de la consulta sintió que me amaba mucho más que antes.

equivalente nunca será retornado. A pesar de todo, se exige a quien ha sido investido con los ornamentos idealizados del Amor.

7. Anteriormente un paciente había iniciado así un desplome psicótico que terminó llevándole al Hospital Psiquiátrico. Se imaginaba que podría compensar la inmensa deuda

No creo que se debe resaltar de nuevo cómo, pase lo que pase, todo marca del lado del obsequio y se compensa, inevitablemente, con transferencia.

La segunda anécdota - prefiero apelarla así, pues transgrede condiciones esenciales del encuadre analítico- resulta, precisamente por ello, increíblemente pedagógica. Porque aquí, más que del-regalo-de-entrada se trata de la-deuda-de-salida, paradójica condición de la cura. Es el dinero que no se cancela cuanto se torna regalo impuesto al terapeuta a partir de la contaminación de fondo: a un amigo, en realidad, no se le cobran los servicios. La certeza de que el terapeuta tiene eso que hay que expropiarle, da la convicción impalpable de la eficacia simbólica de su ser, a partir de ahora, el real soporte. La deuda del padre se le cobra al terapeuta y es como si todo quedase reequilibrado por fin.

Sin duda, el regalo puede aludir a la genitalidad -dar o recibir el pene-ser, más obsesivamente, soporte anal del ingreso a la ley; o, más kleinianamente, referirse a modelos más primitivos y constituyentes, como en el caso reciente que no cite con anterioridad porque tiene una inocencia excepcional: un vecino de un familiar mío debió ser internado en el Hospital Psiquiátrico durante un mes a causa de un delirio con rasgos paranoicos indudables. Ha venido recuperándose significativamente del inicial mutismo que la droga le generó al salir de su reclusión. Pero algunos rasgos inquietantes han llevado a sus familiares y a él a pedirme le atienda. En la primera reunión me lleva una panela de obsequio que tiene todo el dulce de la infancia y que previene de cualquier posible hostilidad.

que habría acumulado, de haber podido cancelar la totalidad del tratamiento tal cual, inicialmente, lo había hecho su familia. La fantasía de abonarlo todo, contrastaba con el real impedimento para cubrir, incluso mínimamente, las consultas actuales. La dura experiencia me había puesto, sin duda, a la defensiva.

Algo de eso de visualiza en el tercer caso -la señora y su cheque-, pero sería ingenuo confundirse ahí con la constante de una oralidad que, en cambio, es francamente genital, como que procede directamente de la histeria. El sueño patentiza la diferencia, delatando por ello su condición de obsequio velado, que es como se debe entender siempre el contenido onírico cuando se lleva a la sesión.

El cuarto caso -traído por mi alumna- es del registro de la perversión, ahí donde la psiquiatría o el psicoanálisis argentino -algunos psicoanalistas argentinos para ser exactos- preferirían ver la condición psicopática.

El lugar de la madre ideal, que la madre real nunca suple, ha sido alcanzado transferencialmente y la donación así lo evidencia. No es sino explorar el fantasma de la madre en las prisiones y correccionales para aprehender sin más esta constante que lleva a las más tenebrosas acciones a los humanos aquejados de ello.

ENTRE LA PLUSVALIA Y LA TRANSFERENCIA

La ilusión de transformar el mundo del lado del socialismo y el fracaso consecuente ha llevado a una moda ideológica de aspiración liberadora. A menudo el psicoanalista pareciera quedarse corto ante la avidez de las

escuchas que no se resignan a aceptar la tibieza de las posiciones convencionales, incluso conservadoras y evasivas de los psicoanalíticos acosados por una demanda que escapa a sus habituales controles.

No se por qué entonces el psicoanalista no entiende psicoanalíticamente tal demanda; y, a partir de ahí, la devela. Hay entonces, sin duda, una transferencia masiva que paraliza.⁸

Pues bien: si plusvalía y transferencia son hermanas, habrá que unir las algún día y facilitarles el reencuentro. La muerte de Freud ilustra, al tiempo, ambos asuntos: nos eterniza en una transferencia in-

agotable -hemos dicho ya- y esa inagotabilidad es del registro de aquello que Marx apeló plusvalía, así no parta ahora de la clase obrera, al parecer, bastante drogomanizada, en cambio. Sin duda Freud ofrece hoy por hoy alternativas de desarrollo que ningún otro aporte equipara. Y, aún desde su muerte, enseña, casi por instinto, la posibilidad de un mundo diferente, así no sea montado sobre la perfección inalcanzable de mundos soñados que nunca se darán.

Es esta la deuda de Freud al Arte que resaltábamos al comienzo y que no sobra recalcar de nuevo. Pues, de otro modo, el psicoanálisis se parecerá cada

vez más a "La última cena" de Leonardo que cada vez se parece menos.

CONCLUSIONES

Existen muertos que no mueren, hemos dicho. Freud es uno de ellos. Hemos sugerido también a Leonardo. Son seres que produjeron obras que no exigen, para sostenerse, bibliografía alguna. Por el contrario, fuentes inagotables, el riesgo es que les copien, corrijan, mutilen, tergiversen, remodelen, falsifiquen, alteren sin, realmente, renovarles. El tiempo y los discípulos son sus mayores aliados y enemigo. Son alianzas a las cuales, incluso si vivieran, no podrían renunciar. Si he citado "La Última Cena" ha sido precisamente porque ilustra a la perfección ésto último. Contrasta en ello con la transferencia, cada vez más fresca y vital. Y es que, en realidad, más allá de toda reducción, la condición conceptual resulta inalterable. Me arriesgaría incluso a decir que es allí donde no pueden morir porque, en el otro registro, no sólo están muertos como cualquier otro cadáver sino que necesariamente apestan y contaminan a quien se les acerque (aunque a estas alturas ya ni siquiera huelen más allá de la descomposición que les perpetúan sus oficianes).

La frescura, decíamos, de la transferencia resulta incomparable. Y en ello nada en Leonardo pareciera poder equipararse.⁹ Acaso los dibujos de Leonardo se salven de los desastres que, por su causa o no, califican, casi sin excepción, a todas sus pinturas.

Y en ellos, se puede notar también esta frescura conceptual que el trazo logra milagrosamente. Y que no vacilo en apelar transferencia o regalo, como se prefiera.

Ha sido tradición pensar que la verdad última del arte es inefable y que todo

8. Recientemente Colette Soler abandonaba de su traductor clamaba por él con una indefensión tan infantil que hizo estallar a todo un tenso público universitario en una ensordecedora carcajada lo cual permitió que todo

empezara a rodar, a partir de ese punto, sobre rieles. Si no hay formación inconsciente ahí ¿dónde hallaría más evidenciada? Pero ¿Cómo entender la repulsa a psicoanalizarla? Ella había dicho, es cierto, un momento antes:

"Ustedes, para mí ahora, son lo Real". Pero su indefensión retrataba esa demanda colectiva que, disuelta en risa, logró evadirse sin solución alguna y para satisfacción de todos.



intento de teorizarlo le mutila o, por lo menos, se le queda corto. Pienso que, en cambio, cuando el aporte es realmente psicoanalítico la obra se enriquece. Cuando se hace transferencia con el cuadro y se le resuelve, pasa ésto. Todo gran cuadro es inevitablemente enigmático y por ende resolverlo como inconsciente formación es tarea que el psicoanálisis puede realizar mejor que ninguna otra disciplina. Pues bien, si algo permite en la obra de Freud reconocer su frescura insuperable, además de la transferencia, es su condición analítica ejercida de modo directo en el texto. Y Leonardo, precisamente, le permitió en más de una ocasión el ejercicio de esta condición.

9. Leonardo, como es sabido, no sólo era homosexual sino que creía que la pintura era más duradera y superior que la música, inevitable pasajera que siempre se escapa. Si cito su homosexualidad es precisamente porque es esa estructura la razón por la cual teoriza con ese empirismo tan desafortunado. Ningún pintor delata distancia mayor entre su ideal de perfección, realizada incomparablemente en su obra y su torpeza para hacerle sobrevivir a partir del manejo de los medios de los cuales dispone. Esa

Como cuando devela la sonrisa de la Gioconda. Esta -dice- repone la primera satisfacción del lactante. Por supuesto que podría haber continuado. Pero Freud, creo que conscientemente, se detiene ahí, como en tantas otras ocasiones en que utiliza esta dimensión de excepción (pensemos en sus autoanálisis de sueños, por ejemplo). Ese único aporte ilumina suficientemente a la Mona Lisa, como se dice le acaece al cuadro cuando se le recupera del sarcófago en que habitualmente se le mantiene confinado, y se le expone a la luz del día.

El rostro de Mona Lisa, entre el velo y la boca dibuja, en medio de las som-

distancia es precisamente proporcional a la intensidad de su homosexualidad.

10. El sol es un impedido para la noche. En él, si se prefiere, la noche ha sido forcluida. La sonrisa de Mona Lisa pareciera enseñarle la condición de sombra que, contra su esencia, introduce en cuanto toca. Ajeno el sol, por demás, a toda interioridad pues se supone que su centro es tan igneo como su superficie permite, por

bras, una circularidad casi perfecta que juega con la luminosidad del fondo, como si se superpusiera sobre el sol crepuscular que empieza a esconderse detrás de las montañas, dibujando con ello su perfecta metáfora. La sonrisa dibujaría, de aceptarse ésto, la base de la esfera de fuego escondida ya, invisible, del lado de la noche o del eterno día, según se mire.¹⁰

La sombra que genera el rictus es la condición misteriosa que acompaña siempre a estas sonrisas, pues Leonardo las fabricaba a cada paso como un "leit motiv"

Existe un dibujo suyo más hermoso aún y más expresivo, aunque menos complejo, que la Mona Lisa. Se trata del Estudio para la Madonna Litta, de 1480, hoy en el Louvre. Por contraste la sonrisa de complacencia no aparece ahí, pero sí la intensa sombra que recoge la verdadera tristeza que en Gioconda la sonrisa camufla, sin conseguir borrarla nunca. Pero esa seriedad no deja de ser dulce y francamente maternal, así el niño, por razones distintas, también falte ahí.

En realidad, Mona Lisa abraza esa falta -esa falta de hijo- más por seducción que por real capacidad maternal. En cambio, la Madonna Litta abraza un niño de verdad que simplemente no ha sido dibujado pero que el cuadro que se prepara garantiza como indiscutida presencia. Sólo que ella no le está mirando. Así se fije en él, no le mira porque indiscutiblemente, falta. Sabe de esa falta desde su pura condición de boceto y desde ella se sabe en falta en su incompletitud e insuficiencia. Sabe de su ser pasajera, intermedia, subordinada de un fin más pleno y centrado. Y es ahí donde, precisamente en esa fugacidad e inexis-

contraste, esa condición ideal del volumen que la boca anuncia, recubre, esconde, y está a punto de hacer nacer, sin poderlo decir, sin poderlo callar, haciendo que todo empiece a girar hasta los extremos casi delirantes de unos ojos que hablan y una boca que mira y una palabra que no se dice para que retumben de algún modo la totalidad de las palabras.

tencia, que recoge la verdad más universal.

Contra el propio Leonardo quien, insistió, creía que la fijeza del trazo daba la superioridad a la pintura sobre la volatilidad de la música.¹¹ Pues bien, desde su condición de cartón, volátil, subordinada, la mujer atraviesa con su gesto la ausencia de un hijo anunciado y no hay ya quien pueda retornarle a su localidad materna.

Sin duda es esta frescura incapturable cuanto se apela transferencia. Es tras este modelo que va todo paciente - quiero seguirle apelando así, freudianamente- y es ello cuanto explica el gasto que realiza sin esperar retribución o equivalencia. Independientemente de todo síntoma o padecimiento -por ello es paciente- sabe que, de reencontrar esa fuente, todo se calmará. Y el analista, como Mona Lisa, le esconde y le anuncia con su silencio ese sol inagotable que, sintomáticamente, encubre. También Freud, con su muerte, hace otro tanto. Doblemente, desde su doble falta que la dá la omnipresencia. Omnipresencia que sin ser del orden de la divinidad, si es intangible. Profana e intangible. Entonces, plusvalía.

Que sea pues Marx, en tanto que acallado, quien complete la terna de elegidos *

BIBLIOGRAFIA

- FREUD, S. Leonardo Da Vinci. Cuaderno de Notas Poesía y Prosa Populares. Madrid. 1983.
 ROBERT MARTHA De Edipo a Moisés. Freud y la Conciencia Judía. Gramica 1976.
 MARX, C. El Capital. Fondo de Cultura Económica. México
 FREUD, S. Obras Completas. B. Nueva Madrid.

11. Se sabe que a pesar de ello, a menudo pintaba escuchando música, haciendo de hecho reconocimiento a la unidad de fondo que daría algo más cierto: no hay pintura o dibujo de real valor que no sea perfecta música, que no esconda una música. Es ahí donde la pintura es superior a la música: su relación con la matemática es de

doble fondo. Presupone esta intermedición que en la música es mucho más directa, así no por ello más fácil o evidente. Leonardo a menudo quiso transgredir esta condición, considerándola una falla y fué cuando hizo cosas más perfectas pero también más frías y

académicas, lo mejor de lo cual compite con Miguel Angel con el apoyo de la Anatomía. Pero es este otro asunto del cual no podríamos tratar aquí más que en cuanto el tema nos lo imponga.

